

SAMIR AMIN

traducción al castellano Fundació Pere Ardiaca

NEPAL 2008, UN AVANCE REVOLUCIONARIO PROMETEDOR

1. Un auténtico avance revolucionario

Un ejército de liberación que defiende una revuelta generalizada del campesinado llega a las puertas de la capital en las que a su vez el pueblo se subleva, expulsa al gobierno real establecido, acoge como libertador al Partido Comunista (maoísta), del cual no hace falta demostrar la eficacia en la estrategia revolucionaria. Se trata en este caso del avance revolucionario victorioso más radical de nuestra época y, por esta razón, el más prometedor. Uno imagina –comparando- a las FARC de Colombia consiguiendo movilizar al conjunto de los campesinos del país (imposible de imaginar), articulando su victoria con una sublevación popular urbana expulsando a Uribe de Bogotá (absolutamente imposible de imaginar), permitiendo de este modo a las FARC dirigir el nuevo gobierno revolucionario.

Esta victoria en Nepal ha creado las condiciones para un primer triunfo, el de una revolución nacional, popular y democrática, calificada de revolución anti-feudal / anti-imperialista por el PC (maoísta) mismo. Efectivamente, la revuelta urbana generalizada, aliando clases populares y clases medias, ha obligado a todos los partidos políticos establecidos a proclamarse a su vez “revolucionarios / republicanos”. Quién hubiera pensado pocas semanas antes en la victoria de los Maoístas, habiendo tomado la opción del “combate pacífico”, de la vía “reformista” y habiendo depositado sus esperanzas en las “elecciones”. El otro partido comunista –la Unión de los Comunistas marxistas leninistas- había regresado al terreno “reformista” y había denunciado el “aventurismo” de los Maoístas.

El Partido comunista (maoísta) ha elegido deliberadamente obviar un acuerdo de compromiso con los partidos en cuestión (el Congreso del Nepal, la UCML y otros), considerando que habían recuperado para su adhesión a la revolución un mínimo de legitimidad que no podía ser discutida sobre la marcha.

Un compromiso –calificado de “acuerdo de paz” por las instancias de la ONU que lo habían preconizado- que ha transferido a una Asamblea Constituyente el encargo de redactar la nueva constitución republicana democrática y popular. Estas elecciones, pluripartidistas, han dado a los Maoístas el primer puesto en la constitución de la coalición victoriosa (confiando de este modo la responsabilidad de Primer Ministro a su dirigente “Prachanda”). En la Asamblea se reúnen por primera vez en la historia del país y de toda la región del sur de la India los auténticos elegidos del pueblo, campesinos pobres, trabajadores marginales, las mujeres del pueblo.

2. Cinco retos principales para el futuro

El acuerdo de compromiso no resuelve los problemas venideros sino que revela toda su gravedad. Los retos a los cuales las fuerzas populares revolucionarias se enfrentan a partir de ahora son gigantescos. Los examinaremos en los siguientes cinco apartados.

(i) La reforma agraria

La sublevación campesina ha sido producto del análisis correcto de la cuestión agraria hecha por los Maoístas y las conclusiones estratégicas, igualmente correctas, que de ella se derivan: la gran mayoría de los campesinos, formada por *sin tierra* (a menudo *Dalits-sin casta* en algunas de las regiones del país), granjeros/aparceros sobreexplotados, minifundistas pobres, podrían ser organizados en un frente unido y pasar a la lucha armada, la ocupación de las tierras (incluido el permitir a los Dalits el acceso a ellas, hecho rechazado por el sistema de castas de la India), la reducción de las rentas territoriales pagadas a los propietarios, etc. La sublevación, por estas razones, se ha generalizado progresivamente por todo el país, y su ejército, organizado por los Maoístas, ha infligido derrotas al ejército del Estado. Pero sí es cierto que en el momento en que la revuelta en la capital habría las puertas al Partido Comunista (maoísta), el ejército popular no había conseguido (por lo menos todavía) desintegrar el del Estado, fuertemente mantenido y equipado por el gobierno de Delhi y las potencias imperialistas.

En el momento actual de “compromiso”, se han avanzado dos líneas por parte de las fuerzas políticas asociadas y representadas en la Asamblea:

- La línea defendida por los Maoístas, la de una reforma agraria revolucionaria radical, garantizando el acceso a la tierra (y a los medios necesarios para vivir de ella) para todo el campesinado pobre (la gran mayoría), sin tocar no obstante las propiedades de los campesinos ricos.
- La línea, imprecisa, defendida por otros partidos (particularmente el Congreso), de una reforma “moderada”, exigiendo el aumento, antes que la ley determine sus límites, del retorno de la antigua orden de las regiones liberadas por la revuelta campesina.

(ii) El futuro de las fuerzas armadas

Las dos fuerzas armadas coexisten en el momento actual. Una coexistencia que evidentemente no debería perpetuarse indefinidamente.

- El Partido Comunista (maoísta) sugiere su fusión.
- Sus adversarios temen (lo reconocen públicamente) que esto conduzca a los soldados del Ejército del Estado a “corromperse” con la ideología mao, pero no proponen nada, y no se atreven a exigir la disolución del Ejército popular.

(iii) ¿Democracia burguesa o democracia popular?

El tema es importante y anima todos los debates en la Asamblea Constituyente, en los partidos políticos, en las organizaciones populares de campesinos, de mujeres, de estudiantes, en los sindicatos y las distintas asociaciones en las que se encuentran principalmente las capas politizadas de las clases medias.

Existen en la sociedad defensores de la fórmula convencional de la democracia, reducida al pluripartidismo, a las elecciones, a la separación formal de poderes (entre otros la independencia judicial), a la proclamación de los derechos humanos y políticos

fundamentales. Ciertamente ésta es la fórmula general con la cual la ideología dominante a escala mundial, relevada por los medios de comunicación principales (entre otros los de los países occidentales), intenta dar por cerrado el debate.

Los maoístas habían advertido que los derechos fundamentales sobre los que descansa la “democracia” propuesta sitúan el respeto a la propiedad privada en la cima de la jerarquía de los derechos denominados humanos. En contrapartida, los maos defienden la prioridad de los derechos sociales sin la aplicación efectiva de los cuales no es posible ningún progreso social: derecho a la vida, a la alimentación, a la vivienda, al trabajo, a la educación, a la sanidad. La propiedad privada no es “sagrada” en absoluto, su respeto acaba en las exigencias de la aplicación de los derechos sociales.

Dicho de otro modo, unos defienden el concepto de democracia disociada de los temas de progreso social (el concepto burgués y dominante denominado de “democracia”), otros el de la democracia asociada al progreso social.

El debate –en Nepal- no es confuso, pero a menudo es polémico. Los defensores de la “democracia a la occidental” cuentan en sus filas con auténticos reaccionarios, los cuales, aún ayer mismo, no protestaron mucho contra la autocracia regia o se contentaron con protestas menores, deseando estar más asociados a ella. Pero también cuentan en sus filas con demócratas indudablemente sinceros pero poco sensibles a las miserias reales que sufren las clases populares. Las ONGs de “defensa de los derechos democráticos”, movilizadas en masa en este contexto, ampliamente apoyadas por el exterior, defienden la causa “moderada” como una posibilidad. Unas se contentan con decir que la democracia convencional y limitada vale más que nada, como si más fuera imposible. Otras redactan un proceso de intenciones a los Maos, “comunistas empedernidos”, “stalinistas”, totalitarios”, imitadores del modelo autocrático chino, etc.

Los Maoístas no se defienden nada mal frente a los perniciosos ataques. Recuerdan que no recusan en absoluto la propiedad privada campesina, artesanal e incluso capitalista, nacional o extranjera, sin por tanto impedir la nacionalización si el interés nacional la exige (prohibiendo a los bancos extranjeros imponer la integración del país en el mercado financiero globalizado). No ponen en entredicho más que la propiedad territorial “feudal”, en el que los beneficiarios habían sido los clientes de los reyes sucesivos, autorizados a expropiar a las comunidades campesinas. No rechazan los beneficios de los derechos personales y de la independencia de la justicia encargada de garantizar el respeto. Añaden a este programa, sin reducirlo, la invitación a la Asamblea Constituyente a formular no sólo los grandes principios de los derechos sociales, sino también las formas institucionales necesarias para su aplicación. La democracia popular que definen de este modo consiste, por supuesto, en crearse progresivamente, a través de la intervención al mismo tiempo de las clases populares -organizándose por ellas mismas- y el Estado.

Evidentemente no hay “garantía” que proteja al futuro de los riesgos de error; ya sea en el sentido de una autocracia de poder del Estado, ya sea en el no menos real de un alineamiento oportunista sobre lo que parece ser lo “posible” inmediatamente, aceptando de este modo la adhesión de los Maos a la línea “moderada” de sus competidores. Pero, ¿con qué derecho condenar de antemano la experiencia, cuando se sabe que los temas planteados aquí son objeto de debates serios en el seno del partido y que se admite la pluralidad de opiniones?

Estos análisis y las estrategias de seguimiento de las luchas van más allá de los que fueron formulados en la época de Bandung a partir de 1955. En la época de los regímenes surgidos de las luchas de liberación nacional de Asia y África, legítimos y populares en consecuencia, éstos eran de una naturaleza generalmente “populista” que se reconocían en las prácticas de Estado (a menudo confundido con su carismático héroe) y del partido (elaborado por los de arriba en ciertos casos, siempre poco democrático en su propia práctica cuando heredaba las movilizaciones populares asociadas a las luchas de liberación) en sus relaciones con el “pueblo” (sustituto vago de la alianza de clases populares identificadas). La ideología sobre la cual se basaba la legitimidad del poder no hacía referencia al marxismo, había sido elaborada de cualquier modo, asociando una lectura de un pasado ampliamente reinventado y presentado como esencialmente “progresista” (por las formas pretendidamente democráticas del ejercicio del poder en las comunidades antiguas, por las interpretaciones religiosas del mismo tipo) y de los mitos nacionalistas fundadores, a un pragmatismo poco crítico en lo que concierne a las exigencias de la modernización tecnológica y administrativa. El “socialismo” con el que los regímenes de Bandung se autocalificaban ha quedado vago en extremo, difícil de distinguir del intervencionismo populista redistribuidor y garante de la “justicia social”. ¿Deberíamos denunciar la permanencia de muchos de estos caracteres en los recientes avances de América Latina que no habían tenido la suerte de conocer la experiencia de Bandung, y a riesgo que ello comporta de reproducir los límites?

Los Maoístas de Nepal han desarrollado otra visión muy distinta del socialismo. Se abstienen de reducir la “construcción del socialismo” a la realización del conjunto de su programa actual máximo (reforma agraria radical, Ejército del pueblo, democracia popular). Califican este programa de “nacional popular democrático”, abriendo la vía (pero no mucho) a la larga transición (secular) al socialismo. No utilizan la expresión de “socialismo del siglo XXI”.

(iv) La cuestión del federalismo

La geografía física y humana de los valles del Himalaya se expresa por la extrema diversidad de las comunidades campesinas de Nepal. No se trata de dos, tres o cuatro “etnias”, sino de aproximadamente un centenar de comunidades, evidentemente emparentadas por la lengua (nepalí o tibetana) y la religión (hinduista o budista), y sin embargo orgullosas de su particularidad. Los pueblos de estas comunidades aspiran a recuperar el uso de sus tierras, expropiadas por los secuaces de los generales conquistadores al servicio de los reyes, al reconocimiento de su dignidad y a la igualdad de trato. Pero no alimentan ninguna aspiración a la secesión.

La fórmula de la República Federal, preconizada por los maoístas, puede responder ciertamente a las demandas de los pueblos nepalíes. No comporta menos peligro de ser movilizadora por los enemigos del poder central, llegado el caso.

(v) El tema de la independencia económica del país

Nepal está clasificado por las Naciones Unidas en la categoría de los “países menos desarrollados”. La administración “moderna” del Estado y de los servicios sociales, los trabajos de infraestructura dependen de hecho de la ayuda exterior. El gobierno

establecido parece que es consciente de la necesidad de liberarse de esta dependencia extrema. Pero sabe que esto no puede ser más que gradual. La soberanía alimenticia no constituye para Nepal el mayor problema, aunque la autosuficiencia en este terreno esté asociada a raciones alimenticias a menudo deplorables. La organización de redes de comercialización más eficaces y menos costosas para los productores campesinos y los consumidores urbanos sí constituye un problema, porque pone en liza los intereses de los intermediarios. La organización de la pequeña producción medio artesanal y medio industrial capaz de reducir la dependencia de las importaciones exigirá duros esfuerzos y tiempo para conseguir resultados aceptables.

El discurso maoísta sobre un modelo de desarrollo “inclusivo” (“inclusive” en inglés), es decir, beneficiando directamente y en cada una de las etapas de su despliegue a las clases populares, por oposición al modelo “indio” que sólo beneficia al 20% de la población, y condena a los demás -80%- a la estancación cuando no a la pobreza, demuestra una opción de principios que no se puede mantener. Su traducción en programas de puesta en marcha específicos todavía está por formular.

3. ¿Quién lo llevará a cabo?

El Nepal revolucionario tropieza con la feroz hostilidad de su vecino más grande, la India, cuya clase dirigente teme los efectos de contagio. La revuelta endémica del movimiento Naxalita hindú podría, inspirándose en las lecciones de las victorias conseguidas en Nepal, poner en tela de juicio la estabilidad de los modos de explotación y de opresión en vigor en el sur del continente hindú.

Esta hostilidad no debe ser subestimada. Constituye una de las razones de acercamiento militar entre la India y Estados Unidos. Moviliza recursos materiales políticos considerables. Financia entre otras cosas la constitución de una “alternativa” hinduista política, sobre el modelo del BJP hindú, el análogo del Islam político de Pakistán y otros países o del Budismo político del Dalai Lama y otros. El apoyo de Estados Unidos y otras potencias occidentales –Gran Bretaña en particular- se articula sobre estos proyectos reaccionarios. La cristalización de un proyecto hinduista político nepalí potente tendría sus posibilidades si las actuaciones –incluso modestas- del nuevo Nepal se estancaran durante demasiado tiempo. La intervención exterior podría en este caso movilizar igualmente a los reaccionarios nepalíes e incitar a ello incluso a los movimientos “secesionistas”. La utilización de la ayuda exterior, siempre condicionante aunque no se reconozca, y los discursos demagógicos que conciernen a los “derechos del hombre” y la democracia, que las redes de ONGs alimentan, hallan su lugar en esta estrategia del enemigo.

El compromiso en vigor retrasa la puesta en marcha del programa de reformas radicales que constituyen el origen de la popularidad de los maos. Incita a ciertas tendencias –en las filas de la propia dirección política- de querer ir más allá de lo que el compromiso permite, preparando de este modo el terreno a la contra ofensiva de la reacción.

Pero no hay lugar para la desesperación. Los Maoístas repiten públicamente que las clases populares tienen derecho a estar movilizadas y a proseguir su combate por la realización de su programa, sean cuales sean los resultados de las deliberaciones de la Asamblea Constituyente. Los Maoístas no han caído en la trampa del electoralismo. Distinguen cuidadosamente lo que llaman su base social (“social constituency”),

constituida por la mayoría (los campesinos pobres, los trabajadores urbanos de las clases populares, los estudiantes y los jóvenes, las mujeres, los segmentos patriotas y democráticos de las clases medias) de su base electoral (“electoral constituency”) que, como todas las bases electorales, es volátil. Construir esta base social popular en un bloque social organizado dominante, alternativo al bloque feudal –intermediario del poder inverso-, constituye el objetivo del combate de larga duración del Partido Comunista (maoísta).